

## Tres académicos ilustres

Por Diego JORDANO BAREA

### I. Rafael Castejón y Martínez de Arizala, científico.

A los diez y ocho años comenzó Rafael Castejón la carrera de veterinario, por su amor a las ciencias naturales y a los caballos; y la terminó en sólo tres cursos. Estudiante brillante, en 1913, a los veinte años de edad, ganó las oposiciones de veterinario militar y un destino en la Yeguada militar de Moratalla, que colmó sus gustos y sus aficiones hípicas. Allí desplegó sus dotes organizadoras y de observación, que plasmó en las mejoras que introdujo y en los trabajos que entonces publicó: «Etiología de la influenza equina, deducida de sus manifestaciones sintomáticas», (*Rev. veter. España*, Barcelona, 1914); «Los caballos de Moratalla», (*Diario de Córdoba*, 1914); y «Sobre la fecundidad del caballo», (*Rev. Hig. San. Pecuarias*, Madrid, 1915). El primero recoge su experiencia sobre un brote de influenza que tuvo que combatir; el segundo describe los sementales que se utilizaban para la mejora equina; y el tercero es el relato de cómo abordó y trató el problema de la esterilidad de las yeguas.

La guerra de Marruecos cambió su destino. De 1914 a 1916 estuvo en el regimiento mixto de artillería, en Melilla. De su estancia en tierras africanas provienen tres trabajos: «Los ganados del Rif», publicados en la *Revista de veterinaria militar*; y «El aloidismo en los recién nacidos», que vio la luz en la *Gaceta de ciencias pecuarias*. Los dos primeros son de etnología descriptiva; y el tercero marca el primer contacto de R. Castejón con la etnología pura, en un tema que le cautivó y al que iba a contribuir después con aportaciones originales.

En 1917 abandona la carrera de veterinario militar y comienza su larga trayectoria de profesor, cuando le nombran auxiliar interino de la Escuela superior de veterinaria de Córdoba, en la cual sustituyó al profesor González Pizarro, como encargado de la cátedra de zootecnia.

Frutos de esta nueva etapa de su vida son: «Los bóvidos de Andalucía», publicado en la *Rev. veter. España* (1917), y «La raza asnal andaluza», que vio la luz en *El Cultivador Moderno* (Barcelona, 1918).

El índice más fiable de su formación científica, como etnólogo, lo encuentro en su artículo «Los modernos conocimientos de la etnología: relaciones de estas nuevas adquisiciones con las teorías sobre el origen de las especies» (*Rev. Hig. San. Pecuarias*, 1918).

Como el sueldo de auxiliar interino no le daba para vivir, *pane lucrando* montó un laboratorio particular de análisis y producción de vacunas para la ganadería.

La convocatoria de la cátedra de enfermedades infecciosas e inspección de mataderos, que ganó en 1921, cuando nació su primer hijo, marcó un sorprendente cambio en su rumbo vocacional. Como todos los grandes superdotados don Rafael cultivaba con facilidad cualquier campo intelectual, con la profundidad al uso. Para preparar la oposición debió asistir al curso de inmunología que dictó el profesor Relimpio, en la Universidad de Sevilla. Estas enseñanzas imprimieron en Castejón una profunda influencia, que afloraría más tarde, con ímpetu, cuando las circunstancias torcieron definitivamente su vocación zootécnica. Por lo pronto, el impacto inmunológico lo plasmó Castejón en algunos trabajos que se han perdido.

Otra influencia que fructificaría más adelante procede de las enseñanzas prácticas del teniente coronel Sánchez Vizmanos, que fue quien le enseñó las técnicas de obtención de sueros en el Instituto de higiene militar.

A poco de ganar la cátedra, falto de material y de presupuesto, tuvo que abandonar su ferviente deseo de desarrollar en ella investigación científica. Lo cuenta en la autogiografía que encabeza el libro que le dedicamos con motivo de la III Semana nacional de veterinaria.

El mismo me relató una vez, resignadamente, cómo don Gabriel Bellido, director de la Escuela superior de veterinaria, le pidió que desenchufara la estufa de cultivos de su laboratorio, porque el presupuesto del centro no daba para más. Con esta anécdota me justificó por qué no se había dedicado a la investigación en la cátedra.

Todos sus discípulos hemos llegado a comprender estas dos frustraciones: tener que ocupar la primera cátedra que salió a oposición, en una línea bien diferente de su vocación zootécnica, y verse obligado a abandonar su laboratorio oficial, por falta de medios esenciales. Pero el talento de R. Castejón era excepcional; por eso, pese a las circunstancias, impulsó la investigación del centro y la canalizó a través de la revista *Ganadería*, que posteriormente tuvo que cambiar este nombre por el de *Zootecnia*, de la cual él fue uno de sus fundadores.

Era aquélla una investigación ocasional, individual, preponderantemente descriptiva y aplicada, en general, sin carácter experimental; fiel reflejo de un profesorado autodidacta, que no había pasado por una etapa de formación o de ampliación de estudios en el extranjero.

Todo eso vino después, pero R. Castejón tuvo el mérito del sembrador y fue motor del cambio de estilo, porque su talante fue universitario en el más amplio sentido.

Su escritura grande, clara, fácil y dinámogena revela una actividad y una curiosidad intelectual incansables; y aptitud para la innovación. Con estas dotes no pudo dejar de ser un apóstol de la cultura en su más amplio sentido. Recuerdo cómo cuidó de que los restos fósiles hallados en Montilla, en el barrero de Santa María, que un recorte de prensa que me entregó apuntaba hacia un dinosaurio, fueran estudiados y correctamente identificados por científicos. Gracias a él Cabanás, R. Martín Roldán y yo descubrimos que aquellos restos eran del primer cetáceo fósil hallado en España.

Su afán por divulgar la ciencia se tradujo en la creación de una revista mensual: *Andalucía ganadera y agrícola*, que apenas duró dos años. Su pluma escribió también en la hoja agraria semanal del *Noticiero sevillano*, sobre los ganados andaluces.

En 1926 terminó la carrera de médico; y fue uno de los creadores de la Academia de medicina de Córdoba, que dirigiría luego, durante el bienio 1931-1932.

En el año 1931 organizó la Estación pecuaria regional de Andalucía y hacia 1932 ocupó la dirección de la Escuela superior de veterinaria de Córdoba. Por cierto que su nombramiento fue apoyado por Ortega y Gasset.

El nuevo director contribuyó en gran manera a la terminación de las obras del edificio de la actual Facultad de veterinaria cordobesa. Siendo yo estudiante recuerdo cómo animó a sus alumnos cuando éstos decidieron coger los bancos de la vetusta Escuela de la calle Encarnación Agustina y llevarlos a hombros al nuevo edificio de la avenida de Medina Azahara. En cuanto los equipos de fumigación sanitaria eliminaron los insectos parásitos que habían dejado los evacuados de la guerra civil, él comenzó sus clases en un aula pequeña desalojada por el Parque de artillería allí establecido. Tras la reparación de los daños de guerra, la transformación en facultad universitaria y la llegada de nuevos profesores, el espíritu de superación de Castejón, Saldaña, Infante Luengo, Martín Ribes y G. Aparicio fue el motor de la renovación universitaria. La investigación científica se impuso como actitud mental permanente, y R. Castejón tuvo un papel importante cuando asumió con gusto la dirección del Departamento de zootecnia, que creó el C.S.I.C., en 1951. Lo propusimos por su prestigio como pionero de la etnología española, y él aceptó generosamente, como un acto de servicio, consciente de su alejamiento de la investigación zootécnica. Su dirección nos inculcó tolerancia, bondad, respeto y caballerosidad. Jamás puso dificultades a ninguna iniciativa y, con su experiencia, nos enseñó a sortear los obstáculos.

Vuelto del X congreso internacional de avicultura (Roma, 1933), los vaivenes políticos pusieron en su mano, interinamente, la Yeguada nacional; y, naturalmente, la volvió a llevar a Moratalla.

En 1935 ocupó la dirección general de sanidad pero sólo durante cuarenta días. Cuando estalló la guerra civil española y se paralizaron los trabajos docentes, su actividad oficial se dedicó a emitir informes, como el de la epizootia de fiebre aftosa, diagnósticos sobre material de diversos frentes y consumo de la carne de ballena. Pero Castejón no puede permanecer inactivo y, durante la pausa académica impuesta por la guerra, crea el Instituto Castejón, que visité como estudiante de veterinaria, cuando estaba en pleno apogeo la producción de sueros y vacunas para ganadería. Aún recuerdo su organización por secciones y sus cadenas de producción. Era la expansión de su pequeño laboratorio privado y la culminación de sus afanes empresariales.

Dispersa su actividad en varios frentes, Castejón no pudo condensar en un libro sus excelentes lecciones de clase. Publicó en forma de artículos al-

gunos de sus capítulos, como los de clostridiosis, salmolenosis, paraplejías y poliomiéлитis, llenos de claridad y de valor didáctico sin par. Todos los que hemos sido discípulos suyos hemos lamentado alguna vez que no hubiera acabado su esperado libro de enfermedades infecciosas.

La claridad de su visión intelectual y su extraordinaria capacidad de síntesis se aprecian muy bien en su programa de parasitología. Con evidente originalidad y propiedad lo llamó esquema programático, porque era un folio doblado por mitad, impresas las cuatro caras. No he visto en toda mi larga vida académica un programa mejor hecho.

Pero Castejón era, ante todo, un erudito que prefería el discurso, el artículo periodístico y el ensayo como medios de expresión de sus ideas. Entre sus ensayos biológicos destaca el titulado «La búsqueda de la felicidad» (*Bol. R. Acad. Córdoba*, 1944). Su formación médica le lleva a concebir la felicidad como un estado espiritual comparable a la salud del cuerpo. Así que la felicidad sería la salud del alma; pero como no hay salud perfecta, cada individuo tendría su propio caudal de salud.

De ahí a establecer un paralelismo biológico y sanitario entre felicidad colectiva y estado epidémico no hay más que un paso; y Castejón lo dio, y propuso, además, una curva cronológica de la felicidad colectiva en función de la edad biológica de la población que se considere: más baja, en pueblos infantiles; más alta, en los más evolucionados. Puesto a estimar la edad actual de la humanidad, por el estado de su cultura e inspirada en la palingénesis, Castejón atribuye al género humano la equivalente a los veinte y seis años; muy lejos de los treinta, que según él, corresponderían a la reflexión y a la madurez. Esto explica que los estados de felicidad colectiva sean precarios pero llegará el día en que la humanidad «siente la cabeza y tranquila y ordenadamente, como un buen burgués... (vea) deslizarse confiadamente los días más serenos, gozosos y fructíferos de su existencia». «Siempre quedarán subsistentes y amenazadores los factores internos de felicidad, que el hombre procura resolver con sus estados de felicidad profesional, que siempre tiene como lejano ideal o suspirada meta ese vago anhelo de felicidad que nos alienta y sostiene en el sendero de la vida, de raíz fisiológica psicosexual...».

Sus especulaciones sobre biología de la humanidad florecen en su ensayo sobre «La biología de la guerra» (*ibidem*). Para él «la guerra sería un fenómeno biológico más».

Con lenguaje médico declara que lo que importa es buscar las causas biológicas, porque las políticas serían simplemente predisponentes.

La guerra es instintiva. Se aproxima a K. Lorenz al afirmar que los conflictos bélicos son una función biológica de la colectividad humana, y nos llama la atención el nexo que cree ver entre la juventud biológica de un pueblo y su propensión a la guerra: «En los pueblos llamados inferiores... la guerra es una función tan biológica de la colectividad, que los hombres, como empresa colectiva, no hacen más que guerrear». En apoyo de esta afirmación aporta su convivencia con los berberiscos: aun perteneciendo a

un pueblo civilizado, cuando se firmó la paz con España y Francia «vagaban tediosamente como atacados de neurastenia, preguntando ansiosamente cuándo volvería el período de la guerra, único que concebían».

También los buenos caballeros medievales se dedicaban exclusivamente a la guerra; y hacerla era para ellos un especial privilegio.

Llama la atención la comparación que establece don Rafael entre los brotes bélicos y ciertas crisis biológicas, como la erupción dentaria, la pubertad o el parto.

En sus ensayos no es difícil seguir el hilo que trenza hábilmente su gran imaginación y su vasta cultura. El resultado es una seductora especulación, sin compromiso alguno con los hábitos del investigador que se somete disciplinadamente a los estrictos límites que impone el método científico. Así, nuestro maestro apunta que el desarrollo intelectual del hombre podría tener su origen en la antropofagia, como consecuencia de la lucha entre machos. La guerra, en cambio, sería la consecuencia del ciego impulso desencadenado por las increciones gonadales. «Si la humanidad fuera vieja las guerras se hubieran acabado hace largo tiempo». Pero «...como es joven ama la guerra y la desea frenéticamente». Sin embargo, Castejón tiene fe en la evolución biológica del hombre y afirma: «Día llegará en que la humanidad se avergonzará de haber hecho la guerra, como hoy se avergüenza de haber comido a sus semejantes».

Para él los norteamericanos representaban el tipo medio de la humanidad, que no ama la guerra: «... el yanqui, sin ser del todo formal, ya va camino de la formalidad, va siendo hombrecito, todavía jugueteón, pero siente o presiente la seriedad de los años y, sobre todo, desdeña tirar peladillas en el arroyo, como hacen los chicos más pequeños del barrio».

Defendía a los americanos cuando la conversación se deslizaba hacia las acusaciones de imperialismo. «Su postura en las actuales guerras mundiales, se nos antoja parecida a la del mozancón que cuando pasa por la calle... encuentra una pelea de chicos... les da cuatro moquetes, los separa, y sigue su camino alegremente, sin mirar atrás. Los chicos del arroyo (los pueblos europeos) viven y no sabemos por cuánto tiempo vivirán, en perpetuas guerras».

Castejón confiaba en la maduración de la humanidad y en la gradual salida de esta crisis evolutiva, y proclamó que «...cuando las mejores conquistas... sean conseguidas pacíficamente, se preguntarán los hombres cándidamente: ¿por qué hacían las guerras nuestros antepasados?»

A mi juicio, la contribución más importante de Rafael Castejón, como veterinario, es la de sus trabajos etnológicos. En el artículo sobre la «Significación del aloidismo» (*Zootecnia*, 1947) llegó a la conclusión de que la conformación aloídica de los vertebrados superiores refleja las etapas evolutivas de las especies y viene a ser como el molde delimitador de la raza. (Por aloidismo se entiende la conformación general de la silueta corporal).

No compartía la idea de Baron y Dechambre según la cual la conformación de la silueta sería una característica sexual terciaria, porque creía que

en la evolución de la especie aparecerían, primeramente, los tipos cóncavos (celoides); luego, los rectos u ortoides; y finalmente, como prelude de la extinción de la especie, los convexos o cirtoides, de inteligencia más desarrollada.

El hombre actual, que tiene ya tipos convexos y ultraconvexos, es una especie llegada a su final y con poco porvenir evolutivo.

Llama la atención el modo en que nuestro ilustre académico resalta la importancia de la mayor vitalidad y fecundidad de los tipos celoides, que se encuentran al comienzo de la evolución de una especie de vertebrado superior. La etapa final, la de los convexos, es la de máxima cefalización.

En 1952, su trabajo sobre los «Metámeros aloídicos» (*Arch. zootec.*, 1:279-285) ofrece un análisis magistralmente didáctico de su concepción metamérica del aloidismo. Si comparamos cada vértebra con un túnel, la bóveda o techo es el arco neural que protege al sistema nervioso; el arco ventral o visceral vendría a ser como el suelo del túnel y sirve para la inserción de las vísceras. En los animales de tipo cóncavo los arcos viscerales son grandes; por eso comen mucho, engordan fácilmente, tienen un desarrollo precoz, gestan en menos días, paren más de una cría y viven menos, en general. Por el contrario, los de tipo convexo se caracterizan por un mayor desarrollo del arco neural y, consecuentemente, del sistema nervioso, y por ser huesudos, delgados, alargados, poco voraces, hipermetabólicos, de lento desarrollo, gestaciones largas, uníparos y de larga vida.

Los tipos rectos están en el término medio o punto de equilibrio.

A partir de este planteamiento y aprovechando la teoría vertebral Castejón especula sobre la conexión que ve entre cada metámero o segmento del eje axial del organismo y la conformación de la correspondiente región: cabeza, cuello, dorso, lumbos, sacro y coccis.

En la práctica se ven tipos mixtos o mestizos, portadores de metámeros de diferente signo aloídico, que serían malos raceadores. Los racialmente puros manifiestan el mismo signo aloídico en todos sus metámeros y son buenos raceadores.

Un exceso de pureza lleva a ultratipos armónicos pero de baja fecundidad, transmisores de defectos genéticos letales.

## II. Rafael Fernández González, físico-químico.

Rafael Fernández y yo fuimos amigos desde la niñez, porque su padre, don Agilio Fernández García, y el mío desempeñaron sendas cátedras en el Instituto nacional de segunda enseñanza de Córdoba, fueron director y vicedirector de aquel famoso centro y se profesaron durante toda su vida una amistad tan íntima y fraterna como la que unió, hasta hoy, a todos los miembros de ambas familias.

Mi madre nos ponía a Rafa como ejemplo de aplicación porque destacó como estudiante brillante. Recuerdo que ese inolvidable profesor nuestro que se llamó don Manuel Camacho Padilla, nos contaba con admiración, para esimularnos, que la *Gaceta matemática* le había publicado algunos de los

problemas matemáticos que habitualmente proponía a las jóvenes promesas españolas, con el premio de ver en letra de molde las mejores soluciones.

Ya de muchacho quería ser militar y desde el 3.º de bachillerato comenzó a prepararse para el ingreso en la Academia de artillería, bajo la dirección de don Enrique Vera, comandante artillero que dirigía una academia particular.

La ley de Azaña cerró el acceso a la Academia y se vio obligado a iniciar la carrera de ciencias químicas y físico-químicas, en la Universidad de Sevilla, en 1931.

Terminada su licenciatura en 1935 marcha a Madrid para hacer el curso de doctorado en la Universidad central.

Tenía veinte años cuando una orden ministerial le nombra profesor ayudante de física y química en el madrileño Instituto de San Isidro, en la cátedra de don Luis Olbés y Zuloaga, autor del voluminoso tratado de física que tuvimos de texto los bachilleres de varias generaciones.

Sin pérdida de tiempo nuestro académico ingresó en el Instituto nacional de física y química, de la fundación Rockefeller, para trabajar bajo la dirección del insigne físico don Julio Palacios, en la sección de rayos X, sobre las estructuras moleculares de los sulfatos de manganeso y potasio. Hablo de un chico de veinte años que en 1935 comienza a investigar mediante una técnica entonces novísima, de espectacular desarrollo, recientemente, con el auge de los ordenadores electrónicos.

El 12 de julio de 1936, seis días antes del comienzo de la guerra civil, regresó a su ciudad natal y marchó al frente de guerra, como voluntario.

Su ascendente carrera militar va unida a una serie de traslados pero dos de ellos ejercieron una decisiva influencia en su vocación docente y científica: el que le llevó a Madrid y el que lo trajo a Córdoba.

Fue en 1950 cuando volvió a la capital y a su querido Instituto Rockefeller, integrado por entonces en el Instituto Alonso de Santa Cruz, del C.S.I.C.

Con unas oposiciones que ganó cuando tenía unos 35 años de edad obtuvo la ayudantía especial de rayos x. Tuvo que ponerse al día en los avances que durante esos quince años de ausencia se habían producido en las técnicas de investigación de las estructuras moleculares mediante difracción de rayos x.

Con la madurez de los años y con su hábito de estudio permanente consigue poner en claro la estructura del ortoarseniato amónico magnésico hexahidratado; y esa es la tesis con la que consiguió el título de doctor, en 1954.

El traslado a Córdoba, en 1955, rompió definitivamente sus investigaciones de física molecular.

Nos queda dedicar un recuerdo a sus actividades como profesor. Del Instituto de San Isidro pasó a Córdoba y durante el curso 1935-36 desempeñó la ayudantía de física y química en el Instituto de segunda enseñanza, de la ciudad de los califas, de 1944 a 1947, la de auxiliar y la de encargado de la cátedra de química técnica de la Escuela elemental de trabajo, de nuestra ciudad. Entre 1946 y 1947 enseñó geometría como auxiliar y como encargado de cátedra en nuestra Escuela de peritos industriales. No olvidemos que su padre, don Agilio, y su tío, don Ezequiel Fernández García, fueron catedráticos de

matemáticas; el primero, en el Instituto de Córdoba; el segundo, en el de Cabrera.

La faceta científica de Rafael Fernández González parecía como la cara oculta de la Luna para la mayoría de los que le trataron, porque lo más visible de su personalidad era su cortés amabilidad, su simpatía y buen humor, su bondad extrema y su modestia, pues jamás exhibió su brillantez intelectual.

El cariño hacia los suyos le convirtió pronto en el nexo afectivo entre su familia cordobesa y los primos dispersos por Madrid, Barcelona y América, porque actuaba de receptor y transmisor de todas las noticias y acontecimientos familiares.

Que mis palabras, en esta Academia, sean un homenaje a su grata memoria y a la de sus padres, por la gran y fiel amistad que profesaron a los Jordano y por su inestimable ayuda durante nuestra precoz orfandad.

### III. Semblanza biográfica de don Juan Ocaña Torrejón.

Es un privilegio que la presencia de nuestro director, don Juan Gómez Crespo, en el congreso de academias de Andalucía, me depare la oportunidad de presidir esta sesión extraordinaria de la Real Academia de Córdoba, dedicada a honrar a don Juan Ocaña Torrejón.

Admiro su larga entrega a la docencia, desde que terminó los estudios de magisterio, en la Escuela normal de Córdoba, en 1913, hasta su jubilación.

Aunque comenzó como maestro en la escuela nacional de Mirandilla (un pueblecito de Badajoz), el cierre del edificio, por su deplorable estado, le permitió pasar por el Museo pedagógico madrileño, para hacer un cursillo de psicología experimental, en el que se había matriculado con dinero de su bolsillo. Creo que la inmersión de Ocaña Torrejón en aquel ambiente sabio, dominado por las ideas pedagógicas de Claparède, influyó notablemente en sus futuras actividades de magisterio.

Por lo pronto, su alta capacidad intelectual adaptó rápidamente aquellas enseñanzas al ambiente escolar de 1922, mediante una revisión de las pruebas de Claparède, prologada por don Alberto Gil Muñoz, al que tanto debo como profesor mío, cuando me preparaba para al ingreso en la universidad.

Si nos situamos en aquella época y pulsamos su ambiente, percibiremos la repercusión que tuvo esta revisión en las corrientes pedagógicas renovadoras de España, como reconoció el propio Claparède.

En 1923, cuando toma posesión como maestro en la escuela graduada «Moreno de Pedrajas», de Villanueva de Córdoba, de la que fue director, su pulso joven, su fuerte vocación y su excelente formación profesional llenaron de vitalidad e iniciativas aquella entrañable escuela, en la que desarrolló la labor que todos pensamos que debe hacer el maestro ideal, en sus clases y fuera de ellas. Le faltó tiempo para crear la «Peña escolar», que fue una asociación cultural estudiantil, con su semanario *Patria* y su biblioteca; y naturalmente, él hizo de bibliotecario casi perpetuo, al tiempo que impulsaba la organización de conferencias, exposiciones y certámenes. Aún le quedó empuje

para participar en una agrupación teatral que se llamó «La Filantrópica»; para crear la Asociación de antiguos alumnos y para desarrollar actividades de orientación profesional.

Pero de casta le viene al galgo el ser rabilargo. Lo digo porque, aparte de su magisterio, el sabio académico a quien hoy deseamos honrar comenzó bien pronto a desarrollar la vocación histórica y periodística heredada de su padre: don Juan Ocaña Prados, venido a Villanueva de Córdoba como secretario del ayuntamiento, pocos años antes de que comenzara el siglo XX.

En 1929 creó y dirigió el semanario *Villanueva* y lo sostuvo económicamente hasta 1935. La colaboración de su pluma no faltó ni en la prensa local ni en la provincial, en las que iba reflejando con ingenio y oportunidad toda su gran pasión por la cultura.

Su primera colaboración en nuestra Academia data de 1935, con un artículo sobre «Isabelinos y carlistas en los Pedroches». En 1961 recopiló y comentó los gentilicios «Apodos de los naturales del Valle de los Pedroches». En el año 1967 nos envió para publicación sus pesquisas acerca «Del lenguaje de los Pedroches», donde anotó las influencias del leonés, el lambdalismo venido de Extremadura, algunos americanismos, refranes, acertijos y una breve alusión a los juegos de aceituneros.

Su trabajo sobre «El castillo de Santa Eufemia» o de Miramontes vio la luz en 1973, seguido de las «Leyendas de los Pedroches» (1979), «Villaharta (breves apuntes para su estudio histórico)» (1979), de las documentadísimas «Notas sobre la construcción del crucero de la iglesia de Santa Catalina mártir de Pozoblanco» (1979), y de «Los Pedroches en América: Miguel de Espejo» (1983).

Su producción literaria llamó la atención de la Academia de Córdoba y en 1960 ingresó en ella como académico correspondiente. Como su prestigio iba en aumento y editó varios libros, en 1970 nuestra academia premió su actividad nombrándole numerario.

De sus libros quiero destacar el *Callejero de Villanueva de Córdoba*, *La dehesa de la Jara*, *la Historia de la villa de Pedroche y su comarca* y *La Virgen de Luna*.

La Academia de Córdoba editó su *Historia de la villa de Pedroche y su comarca*. Sus 169 páginas encierran todo lo que había ido acumulando al recorrerla apasionadamente, muchísimas veces, durante su larga vida. No se le escapa ni la geología ni la ecología de la comarca. Me ha llamado la atención su conocimiento de la flora y de la fauna. Da los nombres científicos de animales y plantas. Inusualmente reduce el nombre del género a la primera letra mayúscula seguida de punto y escribe «diferentes familias» en lugar de «diferentes especies».

También da los nombres científicos de las orugas que dañan las encinas; y los de sus enemigos naturales. Por cierto que, a pesar de su largo oficio de corrector de pruebas, el duende juguetón que persigue a todos los autores le jugó la mala pasada de asignar la longitud de 20 metros a un escarabajo devorador de orugas (*Calocoma sycophanta*).

Los habitantes, los restos prehistóricos y todas las actividades humanas del presente y del pasado despiertan su minuciosa atención y quedan dibujadas en sus páginas. Treinta y seis fotografías y un mapa de situación en la época romana ilustran cumplidamente la arqueología de la comarca y algunos de sus más notables edificios. La vista general de la villa de Pedroche muestra a las claras que su comarca es una penillanura y no un valle.

El discurso de ingreso de Ocaña Torrejón, como académico numerario, en 1970, versó sobre «Camino viejos de los Pedroches». No se limitó, ni mucho menos, a la Senda de la Plata, que sirvió para trasladar «el mercurio desde Almadén a Sevilla para beneficiar la plata traída de las Indias»; ni a la Vía del Azogue, así llamada «por llevar por ella a Córdoba en tiempos romanos el cinabrio de Almadén».

No hay camino antiguo de esta tierra suya que él no haya recorrido, investigado y descrito; no al estilo de Camilo José de Cela, sino resucitando con su imaginación creadora las gentes de toda condición que por ellos transitaron y que en sus incontables posadas hallaron descanso, y reviviendo cuantos hechos históricos acaecieron en este incomparable escenario.

Aunque yo añada a la lista de sus publicaciones las que escribió sobre *Moreno de Pedrajas*, sobre *El hospital de Jesús Nazareno de Villanueva de Córdoba* y sobre la *Historia de la villa de Conquista*, estoy seguro de que el repertorio de las obras salidas de su prolífica pluma quedaría incompleto.

Un archivo viviente como don Juan Ocaña Torrejón tenía que llegar a ser por fuerza el cronista oficial de Villanueva de Córdoba; y una vida intelectual tan fecunda no tuvo más remedio que ser premiada en varias ocasiones, entre las que destaca la concesión de la cruz de Alfonso X el Sabio, en 1961.

Al llegar a los 92 años de edad, la Real Academia de Córdoba quiere honrarle con el afecto y con el reconocimiento de todos sus componentes, por su total y ejemplar entrega a la cultura.